

TRABAJAR Y HABITAR: DOS VARIABLES ESPACIALES DEL CONTROL POSTINDUSTRIAL

Gabriela Rodríguez Fernández
Universidad de Barcelona

Nota del Editor

El presente artículo es versión, actualizada y supervisada por su autora, del presentado en Mayo de 2004 en las jornadas *Pensar y vivir la ciudad: estrategias y dinámicas sociales en los espacios urbanos*, del Instituto Catalán de Cooperación Iberoamericana, hoy denominado Casa América (<http://www.americat.org>), en Barcelona.

Introducción

Entre fines del siglo XIX y principios del XX, en todo el mundo que se sentía parte de la cultura occidental (entendiendo por él no solamente las metrópolis europeas, sino también las ciudades latinoamericanas que seguían bajo su influencia), los marcos de pensamiento y por consiguiente de acción, estaban definidos por el paradigma industrial. La economía podía estar más o menos inmersa en el fenómeno del desarrollo de la máquina y su capacidad multiplicadora, pero indudablemente las elites de poder, los “formadores de opinión” y los diseñadores de políticas públicas homologaban progreso y sociedad industrial.

Esas elites habitaban la ciudad, que poco a poco fue creciendo y poblándose de otros sujetos: futuros obreros, ex campesinos. La vida en la ciudad implicaba convertirse al sedentarismo, a la vida en un espacio concreto con la pretensión de insertarse en un esquema productivo consolidado de empleo por cuenta ajena en una fábrica o, a medida que la economía terciaria crecía, en un comercio o en una oficina. En cualquiera de los casos, las clases obreras y medias que vieron su nacimiento durante los primeros 50 años del siglo XX tenían como expectativa de vida el encontrar un empleo y una casa, y en ambos hacer su vida, posiblemente toda su vida. Todo un modelo que, rodeado de prestaciones sociales que se consiguieron en los distintos países merced a la lucha sindical, consolidaron una forma de sociedad conocida como *fordismo*: la empresa proveía de trabajo y de posibilidades de ascenso laboral, pero a la vez daba las pautas de comportamiento social que resultaban aptas para que ese ascenso fuera también un vehículo de promoción social. El trabajo como medida de las cosas, la casa-hogar como el espacio nutriente y como destino del esfuerzo.

Sobre fines de la II Guerra Mundial a este modelo se le suma el Estado de Bienestar, sistema que se encargaría de promover —y con vistas a integrar— a aquellos a los que el fordismo no había beneficiado. En su versión más “educacionista”, se trataba de transformar a los grupos marginales en componentes útiles para una sociedad que se desarrollaba al vapor de las máquinas [1]; en su versión más “habilitadora”, de construir ciudadanía (política, jurídica y social) [2].

Un siglo más tarde las ciudades siguen creciendo, pero el Estado de Bienestar ya está casi ausente, el trabajo no es “para toda la vida” y las viviendas en propiedad son un mito para la mayor parte de la población. La sociedad industrial se ha desarmado, y la producción de objetos ya no es la actividad principal de nuestros núcleos urbanos. En este marco, tanto en el llamado mundo desarrollado como en el “en vías de desarrollo”, cada uno con sus particularidades, el tejido social se degrada a pasos agigantados y surgen la marginalidad y la violencia. Aún cuando las poblaciones siguen pensando en términos industriales (mi trabajo, mi casa, mi barrio, mi comunidad), la respuesta a esta situación se da desde las políticas de seguridad postindustriales: la segregación social que se practica con la “tolerancia cero” contra los marginales y el control “situacional” que, utilizando los recursos que dan los medios audiovisuales y la informática, vigila la

localización de los ciudadanos de pleno derecho (propietarios, blancos, legales, en fin, conectados).

Las ciudades hoy

Si algo no ha cambiado sustancialmente desde el siglo XIX es la tendencia hacia la urbanización: el abandono del campo como lugar para vivir, y su reemplazo por el medio urbano se ha mantenido constante en los últimos doscientos años. Esto ha sido así tanto en los países desarrollados como en aquellos otros que no se han subido al tren del indefinido y lineal progreso. No solamente se trata de una tendencia constante a la urbanización, sino que una proporción muy importante de personas tiende a concentrarse en ciudades de más de 750.000 habitantes, en megaciudades que, como tales se convierten en espacios de conflicto (Castells, 2003: 498)

Cuadro I: Población urbana comparativa y en megaciudades en países escogidos.

País	Año	población urbana	población en ciudades + 750.000 h [3]	
			en miles	%
México	1990	72.5	15.130	18.2
	2000	74.4	18.131	18.3
Brasil	1990	74.4	15.082	10.2
	2000	81.3	17.755	10.4
Argentina	1990	86.5	11.182	34.4
	2000	89.9	12.560	33.9
Chile	1990	83.3	4.568	34.9
	2000	85.7	5.538	36.4
Francia	1990	74.0	9.334	16.5
	2000	75.6	9.624	16.3
España	1990	75.4	4.172	10.6
	2000	77.6	4.072	10.3
Reino Unido	1990	89.1	7.653	13.3
		89.5	7.640	13.0

Fuente: Anuario estadístico de Naciones Unidas, 44ª edición, Nueva York (2000)

Como se advierte en el Cuadro I, Brasil, Argentina y Chile (en ese orden) son los países cuya tasa de urbanización habría crecido con mayor aceleración en la última década; México tiene un ritmo de crecimiento que aparentemente es más parecido al de los países europeos, sin embargo su tasa de aglomeración en megaciudades es similar a la de los restantes países Latinoamericanos (excepto Brasil).

El balance general es claro: cada vez vivimos más en la ciudad y en ciudades más grandes, que abarcan no solamente el centro histórico sino también sus periferias. Tanto en Latinoamérica como en varios países de Europa la política de construcción de ciudades satélite con la que a mediados de los novecientos se enfrentó la densificación de las ciudades ha dado por resultado, hoy día, la existencia de estas megaciudades que han engullido los cuerpos celestes que giraban a su alrededor.

Vivir y trabajar en el siglo XXI

La inercia de la aglomeración no parece haber cesado. No obstante hay que señalar algunos matices. Durante los últimos cincuenta años, en los países desarrollados ha existido un movimiento que llevó a los urbanitas a abandonar el centro de las ciudades para desplazar su vivienda a espacios suburbanos en busca de una mejor calidad de vida. La relación entre centro y periferia (Hall, 1996; Castells, 2003; Senté, 2001), preeminente para el centro en la sociedad decimonónica, se ha ido modificando hasta resolverse a favor de la periferia en el siglo XX, tendencia que se ha agudizado en este siglo XXI [4].

Actualmente los cascos históricos de las grandes ciudades pueden ser conceptualizados mediante dos modos de estar en ellos: usar y habitar la ciudad. Si en el siglo XIX las ciudades abigarradas eran el lugar donde se hacía la vida, se comía, se dormía, se trabajaba y se moría, la congestión de hoy se limita en muchos casos a las horas del día: los cascos urbanos se vacían por las noches, dejando el espacio para una habitación marginada, tanto desde el punto de vista material (espacio construido) como social (espacio compartido). Los lugares públicos y privados se han convertido en espacios de uso fundamentalmente diurno, y preferentemente de tránsito: en una sociedad que ha

hecho de la movilidad su divisa, las calles céntricas, las oficinas y los lugares institucionales son el escenario del devenir.

Este cambio puede ser relacionado con las mutaciones en el mundo del trabajo: al desplazamiento del empleo rural hacia el empleo industrial de fines del siglo XIX y principios del XX le ha seguido un paulatino movimiento hacia el sector de los servicios, que para 1994 concentraba un 63% de las tareas de la población económicamente activa en la Comunidad Europea, contra un 5% de la actividad agrícola / ganadera y un 32% de la actividad industrial (Tapinos y Livi Bacci, 2001: 104). En América Latina la realidad no es sustancialmente diferente: mientras Chile y Brasil tenían a finales del siglo XX entre el 50 y el 60% de su actividad en el sector de los servicios, en comparación con tasas de entre el 20 y el 30% en la industria, Argentina llegaba al 73%, con un 25% de actividad industrial y apenas un 2% de actividad agrícola / ganadera (Cidob, 2001: 427).

Dentro del ahora sector mayoritario —servicios— se encuentra la llamada economía informacional (Castells, 2003), relacionada con la creación y la gestión del conocimiento fundamentalmente tecnológico, la ciencia aplicada. Este sector tiene como una de sus características la movilidad: crea empleo con rapidez, pero también a ese mismo ritmo lo destruye, traslada su sede de un lugar a otro con costos mínimos, genera valor sin generar producto, se desarrolla utilizando las posibilidades de interconexión entre mercados físicamente distantes, a menudo vinculados por medio de redes telemáticas, etc. Desde el punto de vista del empleo, el sector servicios se caracteriza por una precariedad laboral alta y unas exigencias de capacitación crecientes.

El fordismo reinante en los primeros 50 años del siglo pasado generó una cultura del trabajo ligada al empleo industrial: permanencia en el puesto de trabajo, agremiación sindical, estabilidad relativa de los ingresos y las coberturas sociales, regularidad de los hábitos de vida y percepción del futuro como un continuo ligado a un espacio físico y social particular. Pero esa forma de vida hace años que está terminándose. La gente piensa y vive en términos industriales, pero la economía es cada vez más postindustrial. El Cuadro 2 nos muestra la evolución de la desocupación industrial en lo que Castells llama “los principales países y regiones” (2003, I: 385).

Año	Lugar	UE (15 miembros) miles personas	Brasil miles personas	México miles personas
1970		38.400	2.499	s/d
1980		35.200	7.425	2.581
1990		30.200	9.410	4.493
1997		29.919	8.407	6.125

La desocupación industrial parece tener un decrecimiento constante en la Unión Europea; en Brasil la tendencia no es constante y en México se profundiza año a año. Sin embargo, la disminución de las cifras en Europa no deben engañarnos: en paralelo ha disminuido el porcentaje de empleo industrial durante estos últimos años [5], aumentando el del tercer sector.

Desde los años 70 y 80, el desarme del Estado como agente de promoción social y la conversión de la economía hacia el tercer sector [6] impuso una lógica más ligada a los flujos que a las permanencias: en la búsqueda del puesto de trabajo en algunos casos y de la supervivencia en otros, se ha asumido la migración como una forma de vida, siguiendo las lógicas de un mercado de trabajo también móvil, no sólo en su desplazamiento geográfico, sino también en el social [7].

En medio de ello, el habitar, el vivir donde, y el construir para qué. Hoy se construye tanto en Barcelona como en Buenos Aires, pero... ¿qué se construye? Viviendas pensadas desde la función, no desde las particularidades del usuario; espacios creados como dormitorios, o como salas de estar, o como cuarto de baño. Es la idea básica de la escuela de Bauhaus: sólo lo útil es bonito (Benévolo, 1982: 126). Más allá de las pequeñas diferencias, lo que une a las viviendas que hoy se construyen en las ciudades europeas y latinoamericanas, las que soñó Wells en *Una utopía moderna* y que integraban las pesadillas del 1984 de Orwell o el *Mundo Feliz* de Aldous Huxley, es el significado: no se trata de hogares, sino de simples espacios habitados. Le Corbusier (cit. en Choay, 1983: 288-289) explícita el concepto:

Una casa es una máquina de habitar. (...) Es preciso estudiar la célula perfectamente humana, la que responde a unas circunstancias fisiológicas y

sentimentales. Hay que llegar a la casa-herramienta (práctica y que emocione lo suficiente), que se revende o se realquila. La idea de “mi techo” desaparece (regionalismo, etc.) porque el trabajo se desplaza (la contratación), y sería lógico que cada cual pudiera seguirlo con sus armas y bagajes. (...) Casas tipo, muebles tipo.

El planteo es claro: la dependencia del mercado laboral vuelve efímera la experiencia subjetiva del habitar, alejándose del modelo de hogar, y con él del de comunidad, que presidió las ideas de quien puede ser puesto como el contramodelo de Le Corbusier: Ebenezer Howard [8]. En ellas el hogar y el trabajo eran componentes básicos de las nuevas urbes por fundarse:

Aquí, en los terrenos de Ciudad-Jardín..., no hay dificultad para crear trabajo provechoso, verdaderamente urgente, imperioso: el de construir una ciudad-hogar. (Howard, 1972: 175)

La referencia a la ciudad-hogar se repite en Howard varias veces, casi tantas como se hace hincapié en la libertad del individuo para regir su propio destino y en la de la comunidad para diseñar su futuro. El tipo de viviendas de la ciudad jardín responde a una

... variadísima arquitectura y diseño de las casas y grupos de casas —algunas de ellas provistas de jardines comunes y cocinas cooperativas— (...) Las autoridades municipales mantienen un control sobre estos puntos, promoviéndose paralelamente la expresión más completa del gusto y preferencias individuales, exigiéndose además un cumplimiento estricto de las adecuadas disposiciones sanitarias. (Howard, 1972: 140).

El concepto de vivienda es distinto porque el concepto de ciudad, es también diferente: una ciudad donde se construye para habitar —en el sentido de Heidegger—, donde dormir y trabajar sean parte del ciclo de la vida, tanto como compartir con los vecinos un poder descentralizado y horizontal [9].

La vivienda de Le Corbusier importa un ser humano adaptado a su función, la de trabajador, y como corolarios, la de una ciudad dormitorio y la de una humanidad

adaptada a la economía y sus necesidades de cambio; la de Howard, un espacio ciudadano adaptado a las posibilidades y las necesidades del individuo: vivir, trabajar, compartir.

Inestabilidad del habitar y del trabajar:

Destrucción de la comunidad y reaparición de marginalidades crónicas

La inestabilidad endémica en el puesto de trabajo se trasluce en una inestabilidad tanto de las capacidades sociales de compartir el mundo del ocio y la cultura, como del acceso a la educación y la vivienda: los actores sociales, rotando de lugares y de ambientes no logran consolidar una identidad social, ni como vecinos de un barrio ni como miembros de un conjunto cultural. En un contexto en el que las posibilidades de consumo contribuyen a definir el perfil social, quien no puede asegurarse una cuota constante de participación en la compra ve que su perfil se desdibuja, que su identidad se pierde.

De la misma forma que la ciudad (ciudad-hogar / ciudad-uso), el mercado de trabajo puede ser caracterizado según su duplicidad: el de los que participan de la posmodernización y el de los que han quedado anclados en la modernidad industrial. El primer grupo está compuesto de empleados con gran capacidad para adaptarse a la lógica de flujos, normalmente con empleos bien remunerados y relacionados con la dirección de los procesos que se desarrollan en el seno de la economía informacional (Castells, 2003). Viven en los suburbios o en barrios privados, en viviendas de cierta calidad y alejadas del lugar donde trabajan, en ocasiones son propietarios de su propio espacio-dormitorio, y han incorporado dentro de sus rutinas el desplazamiento físico (cambio de sitio) y funcional (cambio de función) como estrategia para perseguir sus fuentes de ingresos.

Pero existe un segundo grupo (De Marinis, 1998; Castells, 2003, III: 163), el de aquellos que quedan fuera de la lógica de los flujos, ligados en algunos casos a una economía industrial o de servicios con muy baja calificación técnica (limpieza, reparaciones, construcción, etc.) [10]. Para ellos, dadas las condiciones económicas, sociales y culturales en las que han resultado emplazados al momento de nacer y de las que no han podido desprenderse o a causa de la desocialización que han padecido, la

adaptación a la lógica de los flujos es poco menos que imposible. Son los que habitan los centros de las ciudades, los inmigrantes con o sin papeles, los jóvenes desempleados, los viejos jubilados que sobreviven gracias a una pensión: dada su escasa participación en el mundo laboral y por causa de ella, son los que no se mueven, los que están fijos espacial y socialmente, los que no se suben ni se subirán a la autopista de la información ni tampoco a las de concreto, construidas hacia los suburbios.

Y así vuelve a aparecer, el “décimo sumergido” al que hacían referencia los novelistas tempranos del siglo XX (London, Orwell, Wells), los que hoy la sociología llama *infraclass*, aquellos que forman los guetos ciudadanos de los países de la opulencia: son los que, anclados en el terreno, fuera de la economía secundaria y terciaria, sobreviven saltando de la economía terciaria a la economía informal (legal o ilegal) o directamente a depender de la caridad.

No obstante, hay diferencias entre los sumergidos de hace un siglo y los actuales. Una primera radica en que, mientras que a los primeros el centro de la ciudad los atraía como lugar —físico— donde encontrar trabajo (Hall, 1996: 32), a sus parientes jóvenes la ciudad los ancla en su espacio degradado, en viviendas y rutinas que se convierten en índice de la imposibilidad de hallarlo [11]. Otra es que mientras los primeros encontraron durante los años centrales del siglo XX un Estado decidido a intervenir, los segundos no parece que puedan esperar esa providencia (Ribera Beiras, 2004: 294; Bauman, 2005). La tercera, y para nosotros fundamental, es que mientras el décimo sumergido del siglo XX convivía en el mismo espacio con la burguesía (Hall, 1996: 24-28; Engels, 1977: 95-101; Rodríguez Fernández, 2003: 50), lo que generó que sus condiciones de vida fueran objeto de la preocupación de las clases medias, los portadores de la “conciencia social” de hoy viven en sus barrios privados (en ciudades como Bogotá y Buenos Aires) o en los suburbios (tanto en Nueva York como en Londres o Madrid).

Nuestras ciudades se convierten así, una vez más, en dispositivos de segregación para el control, pero que funcionan con una lógica distinta de la de principios del XIX: si antes se trataba de fijar espacialmente a todos los habitantes, la lógica postindustrial mueve a los integrados y fija a los desocializados. A los primeros los controla gracias a su inclusión en la sociedad de consumo y de trabajo informatizado e informalizado

(Whitaker, 1999); son adictos al trabajo disociados de cualquier sentimiento comunitario. A los segundos les aplica el control puro y duro y los recluye en espacios concretos que, con suerte, están fuera de las paredes de la cárcel: son los cascos urbanos degradados de algunas ciudades grandes o medianas —Buenos Aires, Madrid, Lérída o Coimbra— o los barrios periféricos de otras —las *banlieues* francesas o los guetos americanos [12]—, en los que los integrantes del décimo sumergido —o por sumergirse, cuestión de tiempo y de mercado— se mueven poco [13], y en todo caso, siempre controlados por las cámaras de seguridad.

Notas

[1]: Sobre la relación entre estas políticas públicas, en particular en el ámbito de la vivienda, y las formas de control en Inglaterra puede consultarse a Taylor, Walton y Young (1988: 26); describen las medidas del socialismo fabiano que ganó el poder en 1945 como estrategia de integración a la sociedad burguesa. Estas estrategias, sin embargo, reconocen antecedentes anteriores: se trata de las ideas de los Tratadistas, que habían iniciado su tarea en los siglos XVI y XVII europeos (Rodríguez Fernández, 2003: 20 y 118) y cuyas enseñanzas campearon por sus respetos en América. La cuadrícula como forma de urbanización en ciudades como Buenos Aires y La Plata (Argentina) o Brasilia tienen mucho que ver con su influencia higienista e higienizadora.

[2]: La existencia del Estado de Bienestar no puede divorciarse de las luchas sociales. Los obreros, concientes por primera vez de su fuerza una vez que se ven juntos en las ciudades y que comparan la vida miserable en la que están sumergidos con la que viven otros habitantes de ese mismo medio, reclaman por lo que ahora ven como un derecho. El surgimiento de movimientos socialistas, anarquistas y en general, de reivindicación del derecho a una vida digna es paralelo al proceso de urbanización y de industrialización. Es en las ciudades donde además esos obreros comienzan a tener acceso a algún nivel de educación y a la letra impresa en periódicos y pequeños opúsculos que los informan de que otra organización social es posible: las doctrinas

sociales se difunden de la mano de una literatura (de ficción y no tanto) que se dirige a ellos. Y todo en la ciudad (Rodríguez Fernández, 2003: 4 y ss.). Sobre la construcción de ciudadanía, además del texto clásico de T. H. Marshall, ver *Infancia y Democracia*, de Alessandro Baratta.

[3]: Para México, Argentina, Chile, Francia y el Reino Unido, el dato corresponde a las ciudades capitales, lo que implica la concentración en una sola ciudad de estos valores poblacionales. Para Brasil y España, corresponde a la suma de la población de sus dos más grandes ciudades, Río de Janeiro (5,5 millones de hab.) y Sao Paulo (10 millones de hab.) en el caso del primero y Madrid (2,8 millones de hab.) y Barcelona (1,4 millones de habitantes) en el segundo.

[4]: También en esta tendencia pueden establecerse disparidades según los países, las que pueden ser explicadas de conformidad con sus respectivas tradiciones urbanísticas (Rodríguez Fernández, 2003). En Inglaterra, por ejemplo, la suburbanización comenzó bastante antes, durante los años 30 y 40 del siglo XX (Hall, 1996). El desarrollo de las redes de transporte fue a la vez causa y efecto de estas políticas, en un fenómeno que puede constatarse alrededor del mundo.

[5]: Como se explicó antes, año a año la población dedicada a la industria ha disminuido permanentemente: la media europea de ocupación industrial era para 1910 del 31%; para 1950 del 38% y para 1994 del 32%; en paralelo, el sector terciario pasó del 27% en 1910 al 63% en 1994 (Tapinos y Livi Bacci, 2001: 104).

[6]: Sobre las particularidades de la conversión al sector servicios en el caso español a partir de mediados de los '80 puede consultarse el 'Informe Petras; Padres-hijos: Dos generaciones de Trabajadores Españoles', elaborado por James Petras en 1995, por encargo del CSIC y publicado en la revista *Ajoblanco*. Disponible también en: (www.rebellion.org/petras/informe-petras.pdf).

[7]: Hablamos aquí de desplazamientos físicos, pero también de desplazamientos funcionales: el trabajador de hoy, casi con independencia de su calificación profesional, tiene que estar dispuesto a desempeñar tareas no necesariamente ligadas a su campo de formación ni a sus hábitos de trabajo. En comparación con la generación de nuestros

padres, que podían definirse a través de sus profesiones (metalúrgico, empleado público, abogado, obrero, carpintero), nosotros estamos obligados a una polivalencia que repercute no solamente en la regularidad de los ingresos y la permanencia en un hábitat físico, sino también en nuestros hábitos vitales.

[8]: Ebenezer Howard fue el inspirador de las reformas que se hicieron en Londres durante los primeros cuarenta y cinco años del siglo XX. Influenciado por planteos anarquistas y socialistas, fundó varias ciudades-jardín cooperativas.

[9]: La continuidad entre hogar y ciudad es, conforme la descripción de Arendt (2002: 39 y ss.), de una relativa novedad en occidente. Cabría hacer una historiografía de estas ideas —que aquí no podemos llevar adelante— pero baste señalar que el paso de la cuestión de la vivienda al ámbito de lo público (como problema del que el ser político debe ocuparse), y la atención paulatina que en la sociología y la psicología comienza a prestarse a los problemas de la vida cotidiana desde las primeras décadas del siglo XX, van a cuestionar la división tajante entre un espacio (el del hogar) y otro (el de la ciudad). Esta nueva deriva tiene a su vez dos vertientes expresivas: la aparición de las ideas cooperativistas, en las que se propone el ensanchamiento de lo próximo, de lo cotidiano para mejorar las condiciones de vida en la ciudad-hogar —son los planteos autogestivos como el de Howard—, y la que, en cambio, propugna una mayor intervención de la ciudad-estado en los asuntos del hogar, aumentando el espacio de lo público a expensas de lo hogareño —trátese en este caso, a nuestro juicio, de la raíz de los planteos autoritarios.

[10]: “Como que una porción más grande de la mano de obra está atrapada en la *vieja economía*, la capacidad de generar valor de la nueva economía informacional se concentra en un sector de la ocupación relativamente pequeño que, de esta manera se apropia desproporcionalmente de los frutos de la productividad. (...) Es posible que, con el tiempo..., un segmento mucho más grande de la población se beneficie de los procesos actuales de generación de riqueza. Con todo, la desigualdad inducida por la disparidad entre los dos sectores en su fase inicial tiende a reproducirse, ya que una renta más baja y una educación inferior tienden a reducir las oportunidades de prosperar en una economía basada en el conocimiento. En última instancia, se forman bolsas

estructurales de pobreza entre los sectores de la población que no se ajusten al perfil del trabajador de la información.” (Castells 2003: 163)

[11]: Un caso paradigmático de este efecto es el de la ciudad de Lérida: los trabajadores extranjeros, con o sin papeles, que llegan a esta zona de Cataluña para trabajar en la campaña de la cosecha de fruta, acaban viviendo en el casco antiguo de la ciudad, espacio que pasa a ser percibido por los vecinos de la ciudad como sinónimo de peligro, y ya no necesariamente por la comisión de delitos, sino también y fundamentalmente, por su uso diferencial del espacio público (permanencia en grupos de conversación en la vía pública y otras conductas gregarias). Ver, en este sentido, el informe de avance 2007 de la investigación ‘El mapa de conflictos de la ciutat de Lleida’, que lleva a cabo el equipo de investigación *Conflicte i paisatge urbà* del Departamento de Geografía y Sociología de la Universidad de Lleida —dirigido por Pedro Fraile Perez de Mendiguren y que integro— para la Fundació Jaume Bofill (Cataluña).

[12]: Para las diferencias (no despreciables) entre las banlieues y los guetos, ver Wacquant, 2007.

[13]: Sobre las relaciones entre movilidad y sensación de inseguridad, ver, entre otras, las conclusiones de la investigación que presenta Peixoto (2006: 132 y ss.).

Bibliografía

ALGUACIL, Julio (1999): 'Elementos para construir una metodología de la mediación social', Biblioteca CF+S, Universidad Politécnica de Madrid, Editado por el Instituto Juan de Herrera, Madrid, disponible en: <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n12/ajalg.html>

ARENDT, Hannah (1958): *La condición humana*, Paidós Ibérica, edición de 2002, Madrid.

BARATTA, Alessandro (1998): 'Infancia y Democracia', en E. García Méndez, M. Beloff (eds.), *Ley, Niñez y Democracia*, Editorial Temis, Buenos Aires.

BAUMAN, Zygmunt (2005): *La sociedad sitiada*, FCE, Buenos Aires.

BENEVOLO, Leonardo (1977): 'Diseño de la ciudad', Vol. 5, en *El arte y la ciudad contemporánea*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1982.

CASTELLS, Manuel (2003): *L'Era de la Informació: economia, societat y cultura*, UOC, Barcelona.

CHOAY, Françoise (1983): *El urbanismo: Utopías y Realidades*, Lumen, Barcelona.

DE MARINIS, Pablo (1998): 'La espacialidad del Ojo Miope (del Poder). Dos ejercicios de cartografía postsocial', Archipiélago, Núm. 34-35, pp. 32-39, Madrid.

EQUIPO DE INVEST. 'CONFLICTO Y PAISAJE URBANO', Departamento de Geografía y Sociología de la Universidad de Lérida (2007): Informe de avance de la investigación *El mapa de conflictos de la Ciudad de Lleida*, para la Fundación Jaume Bofia, Barcelona, inédito.

FARON, Olivier y GEORGE, Pierre (2001): 'Las migraciones europeas desde la Gran Guerra hasta ahora', en J. P. Bardet y J. Dupaquier, *Historia de las poblaciones de Europa. Los tiempos inciertos*. Editorial Síntesis, Vol. III, p. 293-322, Madrid.

HALL, Meter (1996): *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX*. Colección La estrella polar, Ediciones del Serbal, Barcelona.

HOWARD, Ebenezer (1902): 'Las ciudades-jardín del mañana', en Carlo Aymonino *Orígenes y desarrollo de la ciudad moderna* (trad. del Laboratorio de Urbanismo de la Universidad de Barcelona), Editorial Gustavo Gilli, Barcelona, 1972.

PEIXOTO, Paulo (2006): 'Anatomía y percepción de la falta de seguridad urbana en tres ciudades de dimensión media', en Fraile, Bonastra, Rodríguez y Arella (editores), *Paisaje ciudadano, delito y percepción de la inseguridad*, Dykinson, Madrid.

RIVERA BEIRAS, Iñaki (2004): 'Forma-Estado, Mercado de Trabajo y Sistema Penal ("nuevas" racionalidades punitivas y posible escenarios penales)', en I. Ribera Beiras (coord.), *Mitologías y discursos sobre el castigo*. Antrophos, Barcelona.

RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, Gabriela (2003): *El espacio del control en las utopías y distopías literarias*. Tesina de obtención del DEA del Doctorado en Derecho, Universidad de Barcelona, inédita.

SENNETT, Richard (2001): *Vida urbana e identidad personal. Los usos del orden*, Ediciones Península, Barcelona.

TAYLOR, Ian; WALTON, Paul; YOUNG, Jock (1988): *Criminología crítica*, Siglo XXI Editores, México.

TAPINOS, George y LIVI BACCI, Massimo (2001): 'Economía y población', en J. P. Bardet y J. Dupaquier, *Historia de las poblaciones de Europa. Los tiempos inciertos*. Editorial Síntesis, Vol. III, p. 93-120, Madrid.

TRILLA, Carme (2001): *La política de vivienda en una perspectiva europea comparada*. Colección de Estudios Sociales Núm. 9, Fundación La Caixa. Barcelona.

WACQUANT, Loïc (2007): *Pàries urbans. Gueto, banlieues, Estat*. Barcelona: Edicions de 1984, Barcelona (hay traducción al castellano: *Los Condenados de la ciudad. Gueto, peripherias, Estado*. Siglo XXI, Madrid).

WHITAKER, Reg (1999): *El fin de la privacidad: cómo la vigilancia total se está convirtiendo en realidad*, Paidós Comunicación, Barcelona.

Resumen

Este ensayo es una reflexión sobre las transformaciones en la forma de vivir la ciudad en el último siglo, unos cambios en los que el paso de una sociedad industrial a una sociedad telemática han alterado nuestras formas de habitar y trabajar, y por tanto de ser. Los espacios urbanos se construyen hoy siguiendo una lógica distinta a la que prevaleció en el pasado. Esta circunstancia produce nuevos modos de control y segregación, ocasiona dificultades para la composición de la propia identidad y conflictos por intolerancia; en conjunto, nos exige una flexibilidad sin precedentes que dificulta la constitución del sentido de comunidad.

Palabras clave

Ciudad, trabajo, costumbres, sociedad postindustrial, espacios urbanos, comunidad.

Abstract

This essay is a reflection on the transformations in our way of life the city in the last century, some changes in the transition from an industrial society to a society telematics have altered our ways of living and working, and being. The urban spaces are being built at present following a different logic from that which prevailed in the past. This produces new ways to control and segregation, leads to difficulties in the composition of one's own identity and intolerance;, on balance, requires us unprecedented flexibility in the history that goes difficult the development of community sense.

Key words

City, work, way of life, post-industrial society, urban spaces, community.